

## art buchwald

### LOS TELEGRAMAS DE NIXON

**WASHINGTON.**—Para mi, lo más interesante en relación con el discurso del presidente Nixon sobre la guerra de Vietnam, fue la gran cantidad de telegramas exhibidos en su despacho de la Casa Blanca. El presidente llamó a los periodistas y a los cámaras de televisión al día siguiente para mostrarles que tenía el apoyo del pueblo norteamericano.

Lo que me sorprendió fue que el presidente recibiera tantos telegramas en tan poco tiempo. Cualquiera que haya utilizado los servicios telegráficos en los últimos años sabe que enviar un telegrama no es problema; el problema consiste en hacer que la compañía lo entregue. He aquí lo que pasa cuando se desea darlo por teléfono a la Western Union:

—Deseo poner un telegrama...

—Bien, ¿cuál es el nombre o teléfono del destinatario?

—¿Para qué necesitan saber el número de teléfono?

—Para comunicarle el mensaje.

—Mire, si deseara telefonarle podría hacerlo yo mismo. Lo que quiero es enviarle un telegrama.

—Lo que nosotros hacemos es llamar al destinatario y, después, le enviamos el telegrama. Lo recibirá unos días más tarde.

—Si yo deseara escribirle le enviaría una carta. Lo que deseo es enviarle un telegrama y que éste le sea entregado.

—Bueno, ¿por qué no lo dijo antes? Lo entregaremos con un suplemento de setenta y cinco centavos.

Ahora bien, yo no estoy atacando a la Western Union por irar de hacer un bonito negocio con el reparto de telegramas. El rápido mensajero uniformado es cosa del pasado y la Western Union probablemente gana más dinero vendiendo bombones por telégrafo que enviando mensajes personales; lo que estoy tratando de investigar es cómo se las arregló el presidente Nixon para que la Western Union entregara los telegramas el mismo día sin cobrarle a cada cliente setenta y cinco centavos extras. Lo que posiblemente ocurrió fue que al terminar el discurso recibió una llamada telefónica de este estilo:

—¿Es el presidente Nixon?

—Sí, soy yo.

—¿Cuál es su nombre, por favor?

—Ricardo. La inicial del segundo es M.

—Tenemos un telegrama para usted. ¿Se lo leo?

—Sí, por favor.

—"Apoyamos cordialmente su maravilloso discurso, que da aliento a la Gran Mayoría Silenciosa. Manténgase firme".

—Maravilloso. ¿Quién lo firma?

—Julia y David.

El presidente cuelga. De nuevo suena el teléfono.

—¿El presidente Nixon? Hay un telegrama para usted.

—Léamelo.

—"Ha dado usted su merecido a los 'snobs' estériles, a las manzanas podridas. Rezo por usted. Afectuosamente, Spiro".

Durante toda la noche estuvo sonando el teléfono. El presidente, su esposa y su hija Tricia iban transcribiendo los telegramas. Terminaron agotados. Así que Nixon convocó al Consejo Nacional de Seguridad y sugirió al secretario de Justicia que la Western Union enviara los telegramas a la Casa Blanca, en vez de darlos por teléfono, a pesar de que la mayoría de los remitentes no habían pagado los setenta y cinco centavos extra. La compañía le pidió que no dijera esto último, pero se olvidó de su promesa en una rueda de prensa. Ahora la compañía está en un aprieto, porque la Gran Mayoría Silenciosa ha descubierto que puede enviar un telegrama para que llegue en el día sin pagar los setenta y cinco centavos extra. Y esta es la primera gran conquista que la Gran Mayoría Silenciosa ha realizado en muchos años.

(Copyright 1969. The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service Inc.—Agencia Zardoya.)



JUAN ANTONIO BARDEM, PRESIDENTE DE LA A. S. D. R. E. C.

res, directores, guionistas, actores, técnicos, etc.) en tanto o como representantes de sus grupos técnicos. Y por lo que a nosotros, directores, concierne, no será que no se ha pedido. (...) A este respecto hace falta subrayar que en ningún país del mundo las comisiones existentes toman sus poderes del poder legislativo. Siempre es el poder ejecutivo el que las nombra. Este tribunal —que no es nunca elegido, sino nombrado— juzga y condena esa "persona moral" que es la obra de arte cinematográfica según simples criterios, a menudo criterios personales, de casta, de religión, de partido o de razones de Estado, pero nunca según leyes dictadas por

el poder legislativo. Además, y violando todos los principios elementales de derecho, este tribunal, a la vez casi clandestino y perfectamente ilegal dentro de un esquema democrático, juzga sólo las intenciones y nunca los hechos, ya que la obra de arte comparece ante él antes de mostrarse a cualquier otra mirada. La película no es juzgada (absuelta y condenada) sobre los hechos (beneficiosos o nocivos) de los que eventualmente se le podría hacer responsable, sino sobre los que eventualmente es susceptible de provocar. Aquí empieza el delito de intención, esa noción jurídica que vapulea veinte siglos de civilización.

### La revolución cultural de HOGAROTEL

Especializada en madrigueras (el hogar y el hotel), esta exposición barcelonesa tiene buena cantidad de alicientes culturales en el contexto de la precaria civilización de consumo nacional. Desde tostadores de pan, hasta máquinas segadoras de césped; desde complejos minigitoriales para establecimientos públicos, hasta bidets con surtidor (no necesariamente luminosos), toda la gama del utillaje apto para madrigueras confortables está presente en las muestras de Hogarotel. Y cada año se reservan secciones predilectas para el escaparate de lo más especulativo del diseño industrial nacional: por una parte, la exposición-concurso de los premios ADI-FAD; por otra, algún que otro alarde de montaje, que este año se ha manifestado a través de la realización de distintos proyectos de habitaciones hoteleras. La preocupación por el diseño industrial no es un hecho cultural reciente en España. Sus orígenes hay que buscarlos en aquellas promociones de jóvenes arquitectos racio-

nalistas que se presentaron con un cierto empuje de promoción coherente allá por los años treinta. Después de la guerra civil, el diseño industrial era una temática casi tan exótica y alarmante como el sufragio universal o la palabra sobaco, sañudamente perseguida por los censores de turno en todas las obras literarias sometidas a su consideración. La conversión de un pueblo de agricultores, pastores, inmigrantes, fuerzas armadas, chicas de servicio, limpiabotas, cerilleros, extremos derecha (Epi, Basora, etcétera), bailarines de tación y campesinos de billar en un pueblo de diseñadores industriales, pasa por la sorprendente puerta estrecha del Plan de Estabilización. A partir de 1960, el tema del diseño se generaliza dentro de las tribus profesionales arquitectónicas que promocionan la expresión: **arquitectura del objeto**. Ahora, cada año, en Hogarotel, un jurado distribuye los premios ADI-FAD. En esta ocasión el jurado tenía una solvencia realmente europea: Joe Colombo, por Ita-